

Kerensky, el primer líder de la Revolución rusa...

...Habla a Estampa de la Revolución española

"LO DE RUSIA FUE EXCEPCIONAL"

Digo:

—Se habla mucho de las semejanzas de la revolución española con la revolución rusa. Bastante gente piensa que va a seguir el mismo camino; que después de unos meses, durante los que intentará vanamente alumbrar un Estado liberal y democrático, va a caer en poder de los comunistas. Los periódicos españoles monárquicos decían eso. Y uno de aquí, de Francia, le llamaba el otro día a esta temporada de Gobierno Alcalá Zamora, "el período Kerensky".

Kerensky se encogió de hombros:

—Sí. Ya sé... También entre mis compatriotas se extendió esa idea. Al derrumbarse Alfonso XIII comencé a recibir cartas y visitas de rusos que me decían: "Otra revolución como la nuestra."

"Otro país del que se van a apoderar los bolcheviques." "Es el mismo caso que el de nuestra Patria.", etc., etc.

—¿Y usted no cree...?

—No... Evidentemente, las dos revoluciones se parecen un

yo en la redacción de "La Russie opprimée", un semanario que él publica en París para combatir a los bolcheviques. Es un hombre de unos cincuenta años, alto, fuerte, pero un poco encorvado ya; como quebrantado, como cansado...

—Lo de Rusia—repite—, lo de Rusia fué excepcional...

POR QUE TRIUNFARON LOS BOLCHEVIQUES

—Es fácil criticar a los hombres que trataron de crear la República rusa. En general, es fácil criticar a los vencidos. Se dice que no tuvieron sentido político; que les faltó energía, que fueron juguetes de los acontecimientos... Y nadie toma en cuenta, al juzgarlos, la situación en que estaba Rusia, ¡la trágica situación de Rusia!, cuando ellos llegaron al Go-



Kerensky, jefe del Gobierno provisional ruso, preside el entierro de las víctimas de la primera intentona bolchevique en Petrogrado.

Un ademán tribunicio de Kerensky.

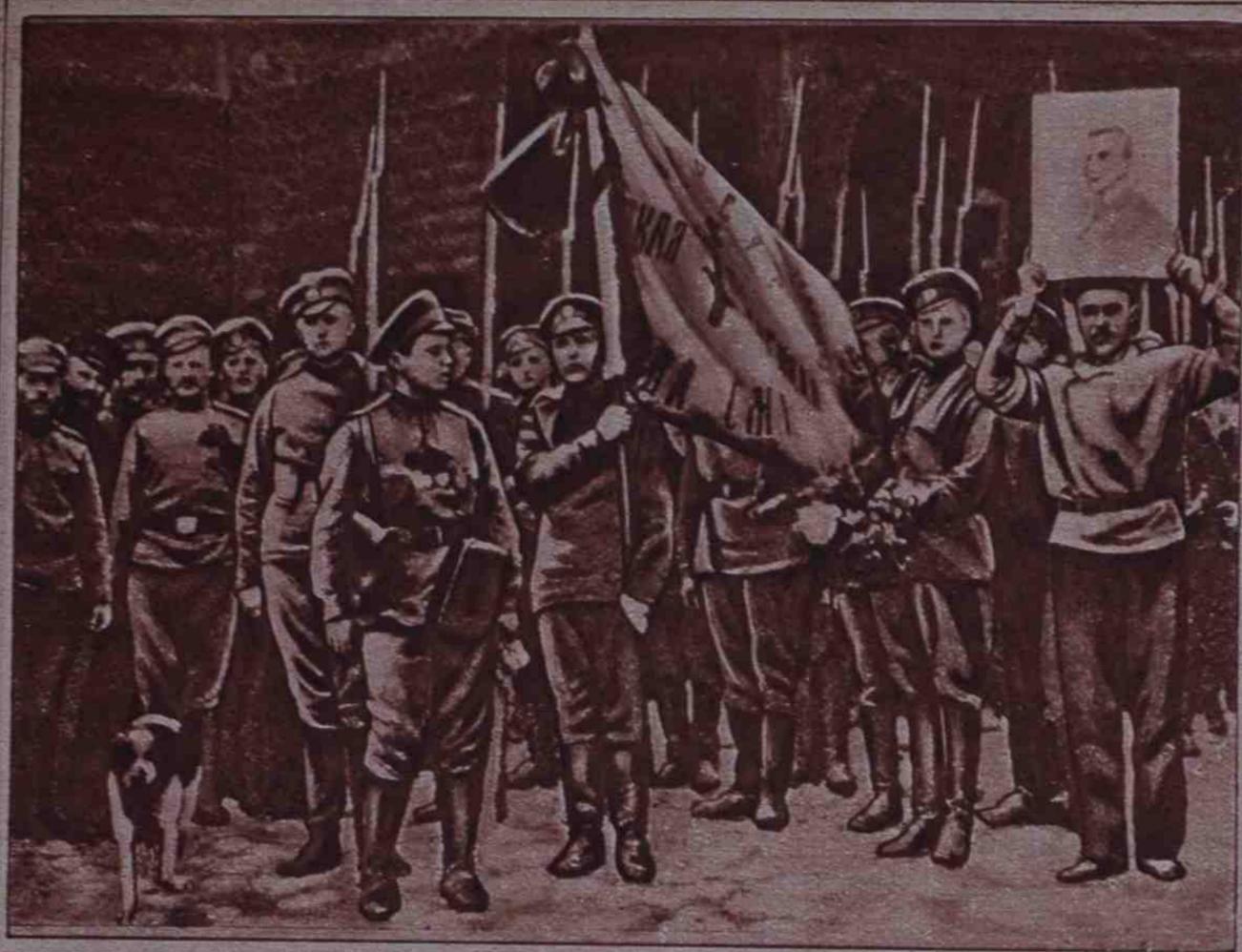
poco. Pero es que todas las revoluciones tienen ciertos rasgos comunes. Eso no autoriza a sostener que sean iguales...

Hace una breve pausa, y luego murmura, pensativo:

—Lo de Rusia fué excepcional... Estamos hablando Kerensky y

bierno. Se encontraron, de pronto, al frente de una nación de ciento cincuenta millones de almas, cuyo Estado estaba deshecho, pero absolutamente deshecho. La máquina administrativa se había roto, los cuadros de funcionarios se habían disuelto, los servicios públicos estaban paralizados. ¡Teníamos dos millones de soldados en el frente y no disponíamos ni de un solo policía! ¡No había nada, no había nadie! No había más que una masa gigantesca de ciento cincuenta millones de criaturas frenéticas, y allá, en los Ministerios de Petrogrado, unos pocos hombres, abandonados de todo el mundo, hostilizados por todas partes, haciendo desesperados esfuerzos por reorganizar el país.

Kerensky, que había empezado a hablar pausadamente, con



Los soldados sublevados de la guarnición de Petrogrado pasean en triunfo el retrato de Kerensky durante los primeros días de la revolución.

un tono de amarga resignación, va enardecándose a medida que evoca aquellos meses dramáticos. Se ha puesto de pie, y, paseando a grandes zancadas por el despacho, rescita el cuadro de la Rusia revolucionaria: las masas, amotinadas; los soldados, desbandados en cuadrillas por los campos; los alemanes, avanzando; el Gobierno, aislado, sin fuerza, acosado, a la izquierda, por Lenin y sus comunistas, y a la derecha, por Kornilof y sus sacos...

—¿Y aun era menester seguir la guerra!... Teníamos que seguir la guerra con unas tropas mal armadas y mal abastecidas, desmoralizadas ya, que no hacían caso de los jefes y se negaban a combatir. Y contra los sentimientos de una gran parte de la población civil, cansada de tres años de sacrificios y angustias. Y contra los manejos de Lenin y Zinovief, que colaboraban con el Gran Estado Mayor Alemán...

—¿De veras?

—Es un hecho completamente probado—asegura Kerensky haciendo un ademán con la mano, como para contener toda objeción.

Pero—añade—me desvío un poco... No se trata ahora de aclarar las maniobras de Lenin. Lo que quería decir es que el movimiento ruso de 1917 fué extraordinario, y no puede asimilarse ni la revolución española ni ninguna otra. Ha sido la primera vez que un país en guerra ha hecho una revolución. Las revoluciones, o han precedido a la guerra, como la francesa de 1793, o se han producido después de la guerra, como la francesa de 1871 ó la alemana de 1918, ó han estallado, sencillamente, en época de paz, como la española. Nosotros tuvimos que hacerla al tiempo que la guerra, y eso nos perdió...

LA REVOLUCION DE RUSIA Y LA DE ESPAÑA

—Afortunadamente—continúa el ex jefe del Gobierno ruso—, la tarea de los gobernantes republicanos españoles es mucho más sencilla que la nuestra. Por lo menos dos de los tres problemas capitales que a nosotros se nos plantearon, no existen en España. No hay una guerra exterior. No está deshecho el aparato administrativo. Sólo se presenta, como en Rusia, la cuestión agraria.

—Es complicada.

—Lo sé. Pero de todos modos no alcanza la

magnitud que en Rusia, y si en Rusia no hubiera habido otra cuestión grave que la de la tierra, crea que se habría resuelto con relativa facilidad y que se habría consolidado la República... Por lo demás, estoy persuadido de que eso será lo que ocurra en España. La coalición republicano-socialista, que visiblemente está sostenida, como han demostrado las elecciones del día 12 de abril y del 28 de junio, por la inmensa mayoría del pueblo español, logrará organizar un Estado liberal y democrático, y realizar pacíficamente las reformas sociales que sean justas. Que el régimen capitalista vigente en el Mundo antes de la guerra no se puede sostener, lo reconocen todas las personas conscientes. En España, como en otras partes, habrá que modificarlo. Yo creo que se conseguirá sin vanas convulsiones y sin violencias, si los gobernantes españoles están, como parece, a la altura de su misión...

LA REPUBLICA ESPAÑOLA, ¿TIENE UN EJERCITO LEAL?

Sobre todo hace falta que den una impresión de autoridad y de fuerza. Las masas incultas y los revoltosos de profesión, con facilidad pierden el respeto a un Gobierno democrático. Los mismos que ante una dictadura feroz y arbitraria estarían sumisos, frente a una democracia se permiten todo género de insolencias, porque les parece que no hay peligro; que Gobierno democrático quiere decir Gobierno débil, manso, inerte... Es decir: ausencia de Gobierno... ¡Que sea enérgico y se haga respetar el Gobierno democrático español, o la revolución se pierde!... ¿Está seguro de la lealtad de las fuerzas armadas?

—Yo creo que sí...

—¿De las fuerzas de Policía?

—Sí... Me parece que sí...

—¿Tiene al frente de ellas jefes adictos, seguros?

—Supongo que sí...

—¿Y el Ejército?

—Lo mismo: será fiel al Gobierno...

—¿Y también sus jefes?

—Espero que también...

Kerensky calla y continúa sus paseos por la habitación, pensativo, abstraído. Después de unos minutos, dice, a media voz:

—¡Que tengan cuidado con los militares!

—¿Ve usted un peligro militar?

—En estos movimientos siempre los hay. Esas masas retrasadas de que hablaba hace un momento, cuando se cansan de injuriar y de trastornar y de deshonrar el régimen liberal y democrático, cuando lo ven bien sucio y bien humillado, sienten la añoranza de un Gobierno fuerte y arrogante, ¡un Gobierno duro, que imponga orden!, y, entonces, ellas mismas, llaman al militar...

—¿Y teme usted que el militar acudiera?...

—¡Oh! ¡El militar no falta nunca a estas convocatorias! En todas estas épocas revolucionarias hay algunos oficialitos que querían hacer de Napoleón... ¡Cuidado con ellos!...

LOS SOCIALISTAS NO DEBEN DESAMPARAR A LA REPUBLICA

—También es menester que los socialistas, que, a lo que parece, forman uno de los partidos más fuertes y bien organizados de España, colaboren en la obra del Gobierno con lealtad y honradez...

—Mi impresión es que ninguno de los partidos representados en el Ministerio provisional ha procedido con más lealtad que el socialista. En algunos momentos, su fidelidad a los compromisos contraídos debe de haber sido casi heroica.

—Bien. Pero es preciso que siga en ese camino, que no abandone a la República por escrúpulos doctrinales; que la ayude, que la tutele. En suma: debe pedírsele que se inspire en la conducta de los partidos socialistas que tienen sentido de la realidad y de las necesidades del Gobierno, como el alemán o el checoslovaco, por ejemplo; y que no atienda demasiado los consejos de otras secciones de la Internacional Socialista, que nunca se han visto en el caso de tener que gobernar, y, por consiguiente, carecen de toda experiencia, como el partido socialista francés. "Conservar blanco el vestido" es un tropo popular ruso que quiere decir mantenerse puro, inmaculado. Pues bien; a mí me parece que el socialismo español haría mal si por "conservar blanco el vestido" dejara abandonada a la República. ¡Que se le arrugue y se le estropee un poco el traje, pero que no se pierda la Democracia de España! Este es el voto—concluye Kerensky—que yo formularía ante los socialistas españoles.

VICENTE SANCHEZ-OCANA



Kerensky en la actualidad, expatriado en París donde publica un semanario, "La Russie opprimée", para combatir a los bolcheviques.